

ÍNDICE

- El pensar filosófico.....2
- El origen de la Filosofía.....7
- La utilidad de la Filosofía.....8

¿QUÉ ES FILOSOFÍA?

El pensar filosófico

El concepto de filosofía permanece aun hoy bastante oscuro para la mayoría de los hombres, para todos aquellos cuyos estudios no se aproximan a este campo filosófico. Por lo general provoca ideas dispares y confusas.

La palabra filosofía sugiere, en primer lugar, la idea de algo misterioso, un saber mítico, algo poético cuyos orígenes están en el fondo de los tiempos.

En segundo lugar sugiere la idea de un arte de vivir reflexiva y pausadamente. Una serena valoración de las cosas y sucesos exteriores a nosotros mismos, que produce una especie de inmutabilidad interior. De esta forma utilizamos esta palabra en el lenguaje vulgar: Pedro es un filósofo o Te tomas las cosas con filosofía. Algo de verdad habrá en estos conceptos, como lo hay siempre en las ideas populares. Aristóteles decía que *en el fondo de las cosas está siempre lo más maravilloso*. Y no es menos cierto que el poseer una visión coherente del universo ha de producir en el ánimo del filósofo una independencia de las pasiones interiores y de la fortuna exterior.

La filosofía es la actividad más natural del hombre, y la actitud filosófica, la más propiamente humana.

Imaginemos a un hombre que salió de su casa y sufrió un accidente en la calle a consecuencia del cual perdió el conocimiento y fue trasladado a una clínica inmediata. Cuando vuelve en sí se encuentra en un lugar desconocido, en una situación cuyo origen no recuerda. Su preocupación inmediata será qué es eso, o dónde está. Pues bien, la situación del hombre en este mundo es muy semejante. Venimos a la vida sin que se nos explique previamente qué es el lugar a donde vamos y cuál habrá de ser nuestro papel en la existencia. Tampoco se nos pregunta si queremos o no nacer. Eso sí, como no nacemos adultos sino que en la vida se va formando nuestra inteligencia, al mismo tiempo nos vamos acostumbrando a las cosas hasta verlas como lo más natural e indigno de cualquier explicación. A los primeros e insistentes porqués de nuestra niñez responden nuestros padres como pueden, y el inmenso prestigio que tienen para nosotros, sumado a la convicción del niño de no estar en condiciones de entenderlo todo, nos hace aceptar fácilmente una visión del universo que será muy difícil de cambiar.

Sin embargo, si viniéramos al mundo en estado adulto, nuestra perplejidad sería tanta como la del hombre que, tras haber perdido el conocimiento amanece en un lugar desconocido. Si este mundo que nos parece tan natural y normal fuera completamente distinto, nos habituaríamos a él exactamente igual. Cuando una persona llega al estado adulto, suele colocarse en el lugar del no habituado, de la duda de todo. En ese instante se está haciendo filosofía. Algunos la reconocen como la única actitud sincera y honesta, y se entregan a ella. Son los filósofos.

La filosofía es, por tanto, el conocimiento que la razón humana reclama de modo inmediato y natural.

Para llegar a una más clara noción de lo que es filosofía, trataré de sentar y de comprender una definición de la misma. Aunque se han propuesto muchas definiciones en los diferentes sistemas filosóficos, aquella en la

que se han puesto de acuerdo casi todos los filósofos es la siguiente: *Ciencia de la totalidad de las cosas por sus causas últimas adquirida por la luz de la razón.*

Estudiémosla más a fondo:

Ciencia: Muchos de nuestros conocimientos no son científicos, como el conocimiento de la caída de los cuerpos por la gravedad. Quien conoce este hecho, conoce las cosas por sus causas, esto es, posee un conocimiento científico. Para hablar de ciencia, sin embargo, hay que hablar de *conjunto ordenado*, frente a la fragmentariedad de conocimientos científicos aislados.

La filosofía es, ante todo, conocimiento por causas; no se trata de un mero conocimiento de hechos, ni tampoco una explicación mágica de las cosas. Por ello Aristóteles definía a la ciencia, y a la filosofía, como *teoría de las causas y principios*.

De la totalidad de las cosas: La filosofía no recorta un sector de la realidad para hacerlo objeto de su estudio. En esto se distingue de las ciencias particulares, que acotan una clase de cosas y prescinden de todo lo demás. Pero el hombre en el mundo, igual que el de nuestro ejemplo, que despierta en aquel ambiente desconocido, no puede satisfacerse con explicaciones parciales sobre lo que le rodea. De esta visión de totalidad sólo se hace cargo la filosofía.

Por sus razones más profundas: Para distinguir a la filosofía del conjunto de las ciencias particulares distinguiremos primero entre objeto material y objeto formal de una ciencia. Objeto material es aquello sobre lo que se encarga la ciencia. Objeto formal es el punto de vista desde el que una ciencia estudia su objeto. La filosofía estudia su objeto por las razones más generales. Debe llegar a una visión coherente del universo por sus razones más profundas. Las cosas se explican fácilmente unas con otras; lo difícil es explicar que haya cosas. Este problema sobre la naturaleza del ser y sobre su origen y sentido constituye el objeto formal de la filosofía, por el que se distingue del conjunto de las ciencias.

Adquirido por la luz de la razón: Cabría todavía confundir la filosofía con otra ciencia que trata también de la realidad universal por sus últimos principios: la teología, o más exactamente, el saber religioso. Se distinguen en el medio de adquirir ambos conocimientos, pues el saber religioso se adquiere por la fe, y el saber filosófico ha de construirse con las solas luces de la razón. La filosofía responde a la actitud más natural del hombre. En rigor todo hombre posee, más o menos confusamente, una filosofía. Por ejemplo, el pueblo de la India, indiferente, que se ha dejado siempre gobernar por extranjeros sólo por no tomarse el trabajo de hacerlo ellos mismos; en el fondo de su actitud ante la vida hay toda una concepción filosófica: ellos creen que el mundo es una unidad, de la que cada uno no somos más que una manifestación, y a la que todos hemos de volver. Este fatalismo anula la personalidad.

Los pueblos occidentales, en cambio, han sido siempre activos, emprendedores. También les mueve siempre una filosofía, que en ellos es colectiva: creen en la personalidad de cada uno como distinta de las cosas y de Dios. Todo hombre es filósofo aunque no se dé cuenta.

En sus orígenes, filosofía era lo mismo que ciencia; filósofo, lo mismo que sabio o científico. Así, Aristóteles trata en su obra no sólo de esas cuestiones que hoy se reservan los filósofos, sino también de Física, Ciencias Naturales... Fue más tarde, con el progreso del saber, cuando se fueron desprendiendo del tronco común las llamadas ciencias particulares. Cada una fue recortando un trozo de la realidad para hacerlo objeto de su estudio a la luz de sus propios principios. Esto constituyó un proceso necesario por la misma limitación de la capacidad humana para saber. Hasta después del Renacimiento hubo todavía algún sabio universal: hombres que poseían cuanto en su época se sabía. Descartes, por ejemplo, fue uno de ellos. Quizá el último sabio de este estilo fuera Leibniz, un pensador de la escuela cartesiana que vivió en el siglo XVII. Después nadie pudo poseer ya el caudal científico adquirido por el hombre, y hoy ni siquiera es ya posible con cada una de las ciencias particulares.

Sin embargo, por encima de esta inmensa y necesaria proliferación de ciencias independientes, subsiste la filosofía como tronco matriz, tratando de coordinar y dar sentido a todo este complejísimo mundo del saber y planteándose siempre la eterna y radical pregunta sobre el ser y la estructura del Universo.

El origen de la Filosofía

Lo que en un principio movió a los hombres a hacer las primeras indagaciones filosóficas, según Aristóteles, fue, como es hoy, la admiración. Para comprender la inspiración filosófica es preciso sentir la extrañeza por las cosas que existen, librarse de la habituación al medio y al cotidiano, ponerse en el puesto de l que abre los ojos en un ambiente desconocido y extraño.

Existe una primera admiración directa ante la existencia, y una segunda, reflexiva; el hombre posee dos experiencias: la que le proporcionan sus sentidos, la vista sensible, que le es común con los animales, y la que le depara su razón, ese superior modo de conocimiento que es genuino del hombre. Pues bien, la razón le informa de un mundo de conceptos, de ideas, de leyes, que son universales, invariables, siempre iguales a sí mismas. Las ideas geométricas, las leyes científicas, no varían, son inmutables, unas y universales. Los sentidos, en cambio, le ponen en contacto con un mundo en que nada es igual a otra cosa, un mundo compuesto por individuos diferentes entre sí, en que nada es inmóvil, sino todo en movimiento, en constante cambio y evolución.

Durante veinticinco siglos, desde la época fabulosa de los Siete Sabios de Grecia hasta nuestros días, el espíritu humano se debate en esta tremenda lucha consigo mismo y con una realidad que se le desdobra en dos experiencias contradictorias. Si hiláramos todos los aportes que a esta ciencia se han hecho, buscando sencillamente lo que cada uno ha añadido, hallaríamos la descripción de la personalidad de cada época, un reflejo del hombre.

La utilidad de la Filosofía

Es muy frecuente oír la pregunta de para qué sirve, cual es la utilidad de la Filosofía. ¿Qué utilidad práctica pueden reportarnos los estudios sobre el origen y la naturaleza última de las cosas?

En términos generales, debemos contestar a esa pregunta que la filosofía, en efecto, no sirve para nada, pero que en esto precisamente radica su grandeza. Las diversas técnicas sirven al hombre y el hombre sirve a la filosofía porque la esencia de la propia naturaleza humana está la racionalidad, y esta le exige la contemplación intelectual del ser, el conocimiento desinteresado de la esencia de las cosas. La diferencia fundamental entre humanos y animales es precisamente que el animal, ante un objeto cualquiera, si es desconocido para él, puede mostrar algo parecido a la perplejidad, pero lo que realmente se pregunta es para qué sirve y si le beneficiará o perjudicará. Cuando el animal se tranquiliza respecto a esta cuestión no siente otra preocupación por las cosas. Sin embargo, el hombre es el único animal que se pregunta, además, qué es.

Muchas masas humanas viven de acuerdo con una organización de la vida que se asemeja mucho a la vida animal. Viven en una actividad incesante, encaminada a producir medios o útiles para satisfacer las necesidades de la vida misma. Podría decirse que su existir es un ciclo que sólo sirve para mantenerse y repetirse indefinidamente. La filosofía y el arte son precisamente las cosas que rompen ese círculo vicioso y confieren un sentido y un valor a la vida.

La filosofía no es un medio, sino un fin; no sirve, sino que es servida por todas las cosas, por el hombre mismo, por lo más noble de él, que es su facultad intelectual.

Sabiendo ya, pues, que la filosofía no tiene una utilidad técnica, cabría preguntar si tiene alguna repercusión útil de carácter espiritual. Y a esta pregunta han sido varias y opuestas las respuestas a lo largo de la historia. Según los estoicos, la filosofía tendrá por objeto inspirar al hombre la indiferencia del *sofos* (sabio), la libertad

interior y el desprecio hacia las cosas exteriores. La filosofía viene así a quedar reducida a una ética o arte de vivir.

La escuela moderna de la Fenomenología sostiene que la filosofía ha de ser una pura y desinteresada contemplación de esencias.

Frente a una y a otra concepción debemos afirmar que la filosofía es fundamentalmente, contemplación pura, mueve la voluntad a la vez que ilumina el entendimiento. La Filosofía es sabiduría, saber total que incluye y compromete al hombre con sus facultades diversas. De este modo, cuando decimos que todo hombre tiene en el fondo su filosofía, que es filósofo sin saberlo, queremos significar, no sólo que posee una concepción de la existencia, sino que adopta, en consecuencia, una determinada actitud ante la vida. Y esta fusión de la filosofía y la vida humana, en su sentido más profundo, hace que la historia de la filosofía coincida, en rigor, con la historia de la vida del hombre. Ambas, filosofía y vida, se entremezclan de tal modo durante la historia universal que unas veces es la filosofía la que determina la evolución de la humanidad y otras veces es la evolución humana la que exige una determinada filosofía. Así, por ejemplo, los grandes acontecimientos políticos y sociales de la Revolución Francesa, estaban preformados en las obras de los filósofos empiristas—Locke y Hume—y en el movimiento filosófico de la Enciclopedia. A la inversa, la nueva actitud estética y antirreligiosa que trajo consigo el Renacimiento y sus grandes genios exigía una filosofía congruente, de carácter subjetivista y racionalista, y esta filosofía fue, casi un siglo después, la de Descartes.

Por esto puede decirse con toda propiedad que la más profunda historia de la humanidad que suele escribirse es la historia de la Filosofía.

¿Cuál será el futuro próximo de la Filosofía? Caben dos posibilidades: hoy los hombres carecen de la antigua unidad de creencias, y sólo de la fe religiosa brotan los impulsos interiores, de pura honradez, que llevan a la verdadera sociabilidad. Si, por el contrario, sólo creemos en la vida, en sus impulsos inmediatos y en su constante evolución, eliminando la idea de un Dios, puede caer la humanidad bajo el dominio de estados en los que la vida del hombre, la filosofía y el mismo concepto de verdad queden sometidos a una organización dirigida. Tal modo de vivir y de gobernar puede ser inevitable, pero ello determinaría un trágico eclipse del espíritu humano y, con él, de la Filosofía.